

LA PALABRA Y EL MURO: REFLEXIONES EN TORNO AL ESCRITOR Y EL PODER*

Carlos Francisco Monge

Las sociedades se reconocen más que por su ubicación geográfica o su configuración étnica, por sus frutos culturales que las distinguen o identifican. Teóricos y poetas, filósofos y sociólogos ensayan con harta frecuencia diversas maneras de aclarar y destacar la naturaleza de las relaciones entre las creaciones artísticas y la historia de la sociedad; y pese a la diversidad, nadie ha puesto en duda la existencia de esas relaciones. El reconocimiento de esos vínculos entre arte y sociedad ha tenido la virtud de reafirmar no solo la legitimidad de la primera, sino sobre todo el esfuerzo de comprender la segunda no por su historia plana y anecdótica, sino por el modo como ha querido enfrentar sus condiciones con la naturaleza, plasmando sus vivencias y certezas en obras artísticas. Novelas y poemas son incomprensibles si desconocemos los datos, motivaciones y circunstancias que contribuyeron a esa experiencia. No puede perderse de vista que la literatura no es el mero resultado reflejo de lo que ocurre en la historia: el poema no es un recipiente encargado de archivar los contenidos histórica-

* Estas páginas forman parte del libro *La imagen separada*, que versa en torno a los modelos ideológicos de la poesía costarricense. En lo medular sus consideraciones centrales pertenecen al capítulo primero.

de esclarecer, terminan por encubrir la verdadera naturaleza de las relaciones sociales. A este último asunto no solo corresponde la subliteratura, sino también obras de considerable importancia. Quisiera repetir que el mérito de unas u otras no siempre depende del propio autor, sino del reconocimiento de sus consumidores, quienes buscan agotar las posibilidades de significación de la obra desde sus perspectivas y condición particulares de clase.

Por otro lado, si el proceso de creación se encuentra altamente mediatizado, no lo está menos el consumo de material literario. No hay la menor duda de que existen ciertas expectativas a las cuales el escritor tiene con frecuencia que orientarse para garantizarse cierto número de lectores. En los términos de ese horizonte se produce una doble ilusión: la libertad del escritor en elegir y escribir sobre lo que quiera y la del lector de escoger, según gustos privados, ciertas obras y ciertos poetas. Sobre el gusto literario se han escrito muchísimas páginas, y aunque este no es el lugar de referirme a la materia, es indispensable destacar el innegable condicionamiento histórico de que son objeto las ideas y vivencias centrales en torno al gusto (y consumo) del arte en general, y particularmente de la literatura. Los gustos literarios privados no solo son una abstracción sino un espejismo; son la expresión final de las relaciones materiales que mantienen los individuos con sus circunstancias y que envuelven tanto su acercamiento a la literatura, como sus expectativas y valores producto de su condición social. La manida "identificación anímica" que con frecuencia se tiene alrededor de ciertos poetas y obras no es sino un reconocimiento ideológico que mientras en el lector se encuentra en un nivel no necesariamente consciente, el escritor ha tenido la virtud de saberlo sacar a flote y ordenarlo en forma aproximada en su creación.

Se ha dicho que el escritor escribe porque quiere; nadie lo obliga excepto sus propias convicciones. Pero ni escritor ni lector escapan al conjunto de representaciones, valores y creencias que expresan la manera en que viven sus relaciones con sus condiciones de existencia. Si la literatura es una de las manifestaciones que componen el nivel ideológico, bueno es señalar que se encuentra determinada por los accidentes y funciones que el concepto implica; es decir, que sin dejar de aludir a la realidad, las concepciones del mundo que en ella se vuelcan no dejan de ser la representación imaginaria del creador con sus condiciones materiales. Esto significa que el proceso de simbolización de las obras literarias es doble: no es solo una deformación imaginaria de las relaciones del poeta con sus historias; esa misma deformación está expuesta a un nuevo proceso de simbolización, que en la práctica solo es posible desentrañar tomando en cuenta esta metamorfosis al cuadrado. Inmerso en la materia verbal, el poeta hace una metáfora de su mundo, olvidando con frecuencia que marcado ya con la ilusión ideológica, eleva a un nivel más complejo sus mediaciones con la realidad. Eso toca el problema de la interpretación y la lectura; si bien el poeta busca aludir a la realidad, el lector habrá de encargarse en algún momento de desvanecer la ilusión de que el nombramiento de esa realidad es directo e inmaculado. Hay una radical diferencia de resultados entre los estudios que ignoran este doble proceso de simbolización del lenguaje literario y los que lo toman en cuenta.

Una vez más, el origen del tratamiento simbólico del material literario no se halla solo en la iniciativa personal del creador. Quizá la afirmación más utilitaria en este momento es decir que el escritor siempre escribe desde cierta ideología, para confirmarla o rechazarla. Su inmunidad al vaivén de ideas, sentimientos y vicisitudes sociales, políticas e históricas no solo es un error, sino que demuestra justamente lo que se busca negar. En el estudio de las sociedades contemporáneas no se pueden dejar de lado las oposiciones e interacciones que existen entre las diferentes clases sociales. No estoy pensando únicamente en la economía; pienso sobre todo en el conjunto de ideas y certezas que configuran sus particulares visiones de mundo, y especialmente en el deslizamiento (por lo general de arriba a abajo) de la conciencia sobre el mundo de un grupo social a otro. Hasta donde tengo noticia, el escritor casi nunca reniega de su propio origen de clase; a veces hasta se jacta de ello. Lo que con frecuencia ignora es que su origen social conlleva además una herencia y una contradicción. El escritor recibe y practica los valores de su clase, que por su cercanía y cotidianeidad estima auténticos; la contrariedad emerge cuando el creador advierte que los valores de su clase no siempre corresponden a las necesidades vitales más inmediatas, y que frecuentemente —lo que ahonda la crisis— son valores impuestos desde otros lares. Todo ello explica que el origen social de un escritor no garantiza de por sí que en sus creaciones se expongan las necesidades y certezas más profundas de su clase. Sí permite saber de la *situación* de ella, no de sus aspiraciones y expectativas. La añoranza consciente de escritores y poetas por expresar lo mejor posible la condición humana de su clase

es una muestra clara de la contradicción esencial que envuelve a sus criaturas literarias. Por ello, irónicamente, la afirmación de que los libros de éxito son el eco de sus lectores, la expresión de sus aspiraciones y deseos (Jaeggi), se puede tomar —al pie de la letra— en dos sentidos encontrados: o bien se pueden estar consumiendo las expresiones finales y acabadas de la alienación y la conciencia deformada sobre el mundo (como sucede con la subliteratura y el folletín más mediocre), o efectivamente persiguen expresar los asuntos que testimonian su verdadera condición. Una de las interrogantes esenciales que habrá que hacerse será en relación con la presunta conciencia colectiva de esas contradicciones, y en todo caso si el escritor ha sido capaz de asumir para sí, en función de sus propias creaciones, un asunto de tal magnitud.

La relación entre un tiempo histórico y la materia verbal de un poema no solo ha sido motivo de pasiones y reflexiones entre los poetas, sino parte integral de su idea del arte. Por rechazo o por afirmación, la invariable experiencia de sentir el poema como hijo de un tiempo y una circunstancia concretos ha movido a los poetas a dos grandes actitudes: o a la excentricidad de suponerse fuera del tiempo y la realidad, o al reconocimiento de que el poema, como cualquier otro objeto, no es ni imperecedero ni completamente indispensable. A la convicción de que la historia debe estar en el poema siguió pronto otra no menos enfática que al invertir la fórmula ha dado lugar a incontables consecuencias en el orden moral y artístico de muchos escritores contemporáneos: no es la historia la que está en el poema, sino el poema en la historia. La idea de que el poema es sujeto y objeto de cierta ideología resulta para muchos poco menos que repugnante; se nos ha acostumbrado a la ilusión de que un texto poético solo sirve para cubrir una necesidad psicológica específica, sea ésta la del propio escritor o la del lector que se encarga de reproducirla y revivirla. A la espera de un tiempo más justo, muchos poetas se han dedicado a hacer utopías; otros han preferido restaurar la presunta inocencia original de un poema, y todos han dado por descontada su autenticidad y fe ciega en sus creaciones. Han sido muy pocos, sin embargo, los que con los años han ido descubriendo que el poema está sujeto a la corrupción y a la contaminación (llámese ésta política, ideológica o moral), y solo de la conciencia de esta condición del lenguaje artístico podremos empezar a entender la importancia o la fatuidad de la poesía.



